

NOTAS DE TOPOGRAFIA CALIFAL

Racáquim y el arrabal de los Pergamineros

Basados en «racq», la raíz árabe de «racáquim», que equivale a adelgazar, afinar, manufacturar láminas, hojas o materias planas, los historiadores y arabistas del siglo pasado tradujeron el Ar-Rabd ar-racáquim, de la Córdoba califal, que aparece repetidamente citado en las crónicas de esa época, como «arrabal de los pergamineros» (1).

La cuestión se complicaba, habida cuenta de que muchos autores cordobeses de tiempos pasados, señalaban la iglesia de San Acisclo, patrono de la ciudad y mártir de la época romana, como radicante en el arrabal de los pergamineros y no había manera de conciliar un arrabal racáquim o de los pergamineros (según esa primera traducción árabe) al sudoeste de Córdoba, frente a la puerta de Sevilla, con una iglesia de San Acisclo en el ángulo sudeste de la ciudad, donde estuvo la hermosa iglesia y convento de los Mártires, y hoy subsiste la ermita de dicho nombre en la ronda que aún lleva esa titulación.

Nosotros creimos dejar sentado el problema, hace años, en nuestro trabajo sobre la topografía de la Córdoba del califato, publicado en 1929 (2), señalando de una parte la cita exacta del Calendario de Recemundo (3), y de otra, aprontando una más exacta traducción de «racáquim», que nos suministró el Emir Chekib Arslan, con ocasión de su viaje por España, del que escribió una hermosa obra (4), y cuya versión ya dimos en aquel trabajo.

Ambas cuestiones, el emplazamiento de San Acisclo, y la traducción exacta de la voz árabe «racáquim», y por ende su localización, han vuelto a tener actualidad en estos últimos meses, y por ello redactamos esta nota.

Al especificar Recemundo que la sepultura de San Acisclo estaba en la iglesia de los Prisioneros, llamada también iglesia de los Quemados y Canisat Alasra por los musulmanes, que fué la iglesia donde se refugiaron las autoridades y los últimos defensores de la Córdoba cristiana que conquistaron los árabes, pero que su fiesta se hacía en otra iglesia, llamada de los Pergamineros, quedaba clara la dualidad de templos.

El primero, que ostentaba el nombre del titular, es decir que llevaba el nombre de San Acisclo porque guardaba el sepulcro del Santo, estaba al sudoeste de Córdoba, y la constante tradición piadosa de esta ciudad a través de los siglos (5) recogida modernamente en los trabajos de Romero Barros (6) y Romero de Torres (7), así lo han confirmado. El hecho de que se acogieran a su recinto los últimos defensores de la Córdoba visigoda, donde resistieron seis meses el asedio árabe, dando lugar a una heroica gesta que ha tenido su leyenda de la que se hacen eco los autores musulmanes, indica que su emplazamiento debía ser estratégico y que su fábrica equivaliera a una fortaleza cuando fué elegida como último refugio defensivo.

La actualidad a que hemos aludido consiste (y de ello hemos dado alguna nota en la prensa local), en que, con motivo de las considerables obras a que ha dado lugar la construcción de un nuevo puente sobre el Guadalquivir, terminado en este año, toda esta zona ha sido removida, dando ocasión a nuevos hallazgos confirmatorios.

Estos se han realizado al desmontar hasta su raíz, parte de la gran colina que hay a espaldas del cementerio de Nuestra Señora de la Salud, para sacar tierras y gravas con las cuales rellenar los terraplenes del nuevo puente y elaborar los morteros de la ingente obra.

Esa gran colina, o mejor dicho el borde de una gran terraza cuaternaria, es de hermosa vista sobre la ciudad, como todo el llano que sobre ella se extiende hacia poniente, asiento de los arrabales occidentales del califato, y fértiles en restos arqueológicos, lo cual ha dado lugar a repetidas descripciones de autores locales desde hace siglos, que nosotros recogimos en nuestro trabajo sobre pretendida localización de Medina Zahira y sus barrios circundantes, que le valieron el contemporáneo nombre de «Bellas» por sus hermosos horizontes (8).

Tales hallazgos recientes no han dado nada terminante, pero vienen a confirmar todo lo supuesto sobre ese lugar que ha tiempo nosotros identificamos con la colina de Abi Abda (cudia Abi Abda) que llevó el nombre de la conocida familia de generales y personajes del califato y en la cual estuvo la iglesia de los Quemados, o sea San Acisclo.

El Delegado local de Excavaciones y director del Museo Arqueológico D. Samuel de los Santos ha registrado dichos hallazgos, que han variado desde abundante cerámica musulmana, y restos de

construcciones y pozos, entre aquellas el cimientto de una magnífica muralla de aparejo árabe en todo lo alto de la colina, cortada de través, hasta sepulcros romanos de plomo en el estrato más bajo, seguramente relacionables con los hallazgos que hizo Romero de Torres en 1909

Lo más interesante, a nuestro intento, ha sido el hallazgo de una capa o lecho de cenizas, de gran extensión, y en trechos, de más de medio metro de espesor, por bajo del estrato árabe, lo cual viene a ser un dato más para la identificación del lugar donde estuvo emplazada la iglesia de los Quemados; y además, un resto inferior de una jamba, que el referido arqueólogo, por comunicación verbal, emite la hipótesis de que podría haber pertenecido a la mencionada basílica de San Acisclo. Los hallazgos cerámicos y de todo orden serán publicados por el mismo.

A nosotros nos ha llamado mucho la atención, en dicho gran desmonte, el hallazgo de grandes bloques de piedra caliza, de un duro conglomerado brechoso amarillento, que sólo se utilizó en Córdoba hasta época romana, y que procede de unas canteras cercanas al pueblo de Posadas, a unos treinta kilómetros de Córdoba, según repetidamente nos informó, a la vista de otros ejemplares no raros en la ciudad, el llorado ingeniero y excelente geólogo y arqueólogo D. Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.

Estos grandes bloques o informes losas, de casi un metro cuadrado de superficie, y cerca de medio metro de grosor, debieron servir de fundamento a una fortaleza de época ibero-romana, o al mismo templo de San Acisclo, si la fundación de este fué contemporánea.

En definitiva, estos vagos hallazgos vienen a reforzar la tesis, cada vez más irrefutable, de que frente a la actual puerta de Sevilla, y tal vez, más que en el mismo emplazamiento del actual cementerio de la Salud, en la eminencia o colina (cudia Abi Abda) que está inmediata, se levantó en otros tiempos la basílica de San Acisclo, que guardó, hasta fecha imprecisa, el sepulcro del Santo patrono de la ciudad.

El segundo problema que evocábamos, la identificación exacta del arrabal «ar-racáquim», la han venido a confirmar dos textos árabes, por lo demás bien conocidos, pero que no habían sido traídos a colación.

Recordemos que ya el Emir Arslan, en 1929, nos había dado una nota que decía textualmente. «*Rukak* es una especie de pan, muy

fino y largo, de mucha blancura, con cuya masa se hacen a veces dulces en Oriente. *Rakkak*, es el que hace este pan, y *rakkakin* es el plural».

Con esta traducción, hecha por un árabe nativo, de fina estirpe literaria, quedaba desvirtuada la errónea traducción de «pergamíneros» que había sembrado la confusión en la topografía histórica de Córdoba, porque los pergamíneros o curtidores siempre estuvieron en los arrabales orientales, junto al lugar del río Guadalquivir que aún sigue llamando «las pelambres» el buen pueblo de Córdoba. De ahí que la iglesia de aquel barrio, fuera «la iglesia de los pergamíneros» (ecclesia fatientiam pergamena, dice Recemundo), y por hacerse en ella la fiesta de San Acisclo el día 18 de noviembre, pudo confundir a algunos autores con la verdadera basílica de San Acisclo, de la que antes hemos hablado.

Por tanto, la verdadera traducción de «racáquim», como veníamos diciendo, sería la de «panaderos, torteros o confiteros, acaso hojaladros», con toda exactitud.

Ha venido a confirmar esta traducción unos de los textos a que antes hemos aludido, que es nada menos que el III tomo del *Muqtabis*, de Aben Hayán, cuyo texto árabe editó el malogrado Padre Melchor Antuña, víctima de la ferocidad roja en la guerra civil española (9) cuyo texto viene traduciendo en números sucesivos la revista de historia medieval española que se publica en Buenos-Aires bajo la dirección del eminente profesor Sánchez Albornoz (10).

He aquí el párrafo: «Otra anécdota que de él (el Emir Abdalah) nos relata su nieto Abderrahman es la siguiente: su abuelo le había ordenado le redactara una carta a uno de sus ámeles en la cual el Emir le pedía algo muy intrincado. La redacción de esa carta no era en realidad más que una prueba a la cual sometía al joven príncipe, cuya inteligencia y amor al estudio advertía. Abderrahman empleó todos sus recursos y habilidad en la redacción de dicha pieza epistolar, acertando en la interpretación de los deseos de su abuelo, quién, al pasar la vista por ella, se complació muchísimo, felicitó al amanuense y luego le dijo: levántate, Abderrahman, y saca de ese arca una gallina con todo lo que tiene de pan «ruqaq», que me habían preparado para desayuno, te la cedo por tu merecimiento».

Aunque con el párrafo transcrito queda confirmada la elaboración en Córdoba del pan «ruqaq», no resistimos la tentación de terminar la anécdota que nos ha legado Aben Hayán: «Corrí hacia la alacena, comentó Abderrahman, y cuando la hube sacado, me mostré agra-

decido y contento, pero no sin quedar asombrado de su economía hasta conmigo, en un presente como este, sabiendo él que yo comía a menudo carne de pollo. Era una gallina muy bien adobada y de una fragancia que invitaba al festín. La cogí con la diestra, y alzándola en alto, repetí mis gracias, notando en ese instante que en su rostro se dibujaba una profunda alegría».

«Son muchas, sigue diciendo Aben Hayán, las noticias que se conocen de su avaricia (del emir Abdallah), defecto que le hizo aborrecible a su nieto y heredero Abderrahman, aborrecimiento que éste disimuló hasta que entró en contacto con la vida real, dando desde entonces con todo desprendimiento y a manos llenas. Y tanto los poetas como los oradores que venían con sus panegíricos para su abuelo, como asimismo los huéspedes que acudían con la misión de pedir ayuda al palacio del Emir, eran tratados con deferencia y eran motivo de obsequios particulares, que costeaba el joven infante con lo que le entraba de sus beneficios paternos y de la asignación que tenía en palacio, cuya magnanimidad le valió la simpatía del pueblo y un buen concepto general, y que dió pie, después de la muerte de su abuelo, a su triunfo y a la conquista del respeto y de la admiración de todo el mundo».

Queda, pues, sentado, que el «pan ruqaq» se elaboraba en Córdoba, y que su consumo en el alcázar y seguramente por clases elevadas, daba lugar a que muy cerca del alcázar radicara el arrabal de los panaderos (ar-racáquim). Este arrabal, junto con el de los Perfumistas, estaba en el ángulo sudoccidental de la muralla de la Almedina, (11) ocupando próximamente lo que hoy llamamos barrio del Alcázar Viejo, y que todavía en tiempos califales ambos debieron ser encerrados en recinto amurallado anejo a dicho ángulo, porque los restos de su muralla, de sillares y aparejo netamente califal aparecieron en las obras de alcantarillado de esa barriada, aunque en tiempos que hoy no podemos precisar fueran demolidas tales defensas, que en el siglo XIV, después de la célebre batalla del Campo de la Verdad, volvieron a ser levantadas, sobre distinta línea, acaso por Enrique II, o más bien por Alfonso XI, cuando este construye el Alcázar Nuevo, nivela el Campillo del Rey, y urbaniza en fin con distinta planta esos interesantes lugares de Córdoba (12).

Para terminar, queremos recoger otra cita terminante, tomada de la *Assila* de Aben Pascual (13). En su biografía número 1276, de los extranjeros, cita a Maki ben Abi Tálib, cuyo nombre completo es Hammus ben Muhammad ben Mujtar al-Gaisi al-Moqri, cuya cunía

es Abu Muhammad, natural de Cairuán. Vivió en Córdoba, estudió en la Meca... en Egipto y Cairuán, diversas disciplinas. Vino a Al-Andalus el año 393. Luego se sentó en la mezquita de Córdoba a explicar y sacaron provecho por su mediación muchas gentes. «He dicho, afirma textualmente el biógrafo, que habitó Abu Muhammad Maki ben Abi Tálib en su primera llegada a Córdoba, en la mezquita de Najaila, en ar-Racáquim, en Bab-al-atarin, donde explicó. Luego lo trasladó Al-Mudafar Abdelmálik ben Abi Amir, a la mezquita aljama de Al-Zahira, y explicó en ella hasta que se terminó la dinastía de los amiries. Luego lo trasladó Mohammad ben Hixam a la mezquita aljama de Córdoba...» Debió ser gran aljatib o predicador, por que al fin del califato, en la llamada por algunos autores «república de Córdoba», el primer consejero Abul Hacen ben Yahwar, le encargó de la oración y predicación después de la muerte del cadí Yunus ben Abdallah. Murió en 438, en muharram, y fué enterrado en el arrabal.

Esta es una de tantas precisiones sobre la situación de ar-racáquim, o sea en Bab-al-atarin, en la puerta de Sevilla, habiéndonos complacido en tomar esta, por la importancia del personaje biografiado, cuya fama y predicamento resistió las sangrientas y continuas subversiones políticas del fin del califato.

Resumimos esta nota: la iglesia de los Pergamineros, donde se hacía la fiesta de San Acisclo, estuvo en el barrio de los Pergamineros, en el ángulo sudoriental de Córdoba, fuera de murallas en la época califal, en el emplazamiento que luego ocupó la iglesia y convento llamados de los Mártires, en la Ribera; el arrabal de Racáquim, significa en árabe el barrio de los Panaderos o pasteleros, y estaba al poniente de Córdoba, junto a Bab al-atarin o Puerta de Sevilla, y frente a estos lugares, hacia el actual emplazamiento del cementerio de la Salud, estaba la basílica de San Acisclo, donde se guardaba el sepulcro de este Santo.

Rafael Castejón

NOTAS

(1) Simonet. Historia de los Mozárabes, 1897, p. 329, nota 4 y 5; Saavedra, Estudio de la invasión de los árabes en España, 85, nota 1; Ajbar Machmua, traduc. Lafuente Alcántara, pg. 25, nota 1; «Moguits se dirigió al palacio del rey (o gobernador de Córdoba), mas este, al saber la entrada de los musulmanes, había salido por la puerta occidental de la ciudad, llamada Puerta de Sevilla, con sus 400 o 500 soldados y algunos otros, y se había guarecido en una iglesia dedicada a San Acisclo que estaba situada en esta parte occidental, y era firme, sólida y fuerte». Almakkari (t. i. p. 165) dice que la iglesia en que se refugió el gobernador de Córdoba estaba al poniente de la ciudad, que tenía al lado huertas con mucha arboleda y que el agua venía a ella desde la falda del monte por una cañería subterránea.

(2) Córdoba califal, por Rafael Castejón «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1929, pg. 329.

(3) Santoral hispano-mozárabe escrito en 961 por Rabi ben Zaid, Obispo de Ilberis. Publicado y anotado por don Francisco Javier Simonet. Reeditado por la Real Academia de Córdoba en 1924, con prólogo de don Rafael Gálvez.

(4) Al-Hulal al-sundusiyat fi al-ajbar wa al-atar al-andalusiyat (La túnica de seda fina, o noticias y recuerdos españoles. Itinerario español alrededor de todo lo que hay en aquel paraíso perdido), por el Emir Chekib Arslan, Parte primera 1355-1936. Primera edición. Los derechos de esta edición reservados para el que publica Muhammad al-Mahdi al-Hababi, dueño de la gran librería comercial, en Fez.

(5) Gómez Bravo, en su *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, 1778, dedica largas páginas (tomo I, pg. 123) para compaginar la clara cita de San Eulogio relativa al encuentro de las santas mártires Flora y María, de que había dos iglesias a San Acisclo en la Córdoba califal, con lo que él pudo conocer en su siglo XVIII, porque de ninguna manera, como es lógico, podía tomar como otra iglesia de San Acisclo la ermita del Colodro, fundada en el siglo XIV, y por consiguiente deduce que solo hubo una, pero identificándola siempre con la de la Ribera, extrañándose, por otra parte, de que esta iglesia fuera la importante basílica del Santo, puesto que al tiempo de la Reconquista debió ser muy pequeña, y con este motivo (I, 29), evoca la casi fundación de ella en el año 1299, con motivo de la carta de Fernando IV, de 27 de julio, Era 1335, en la cual dona «para la obra de esta casa tres mil maravedís», y la otra carta del siguiente día 18 julio Era 1335 facultando para comprar casas, unas entre las cuatro torres, dos dentro del Monasterio y otras dos cerca de la Torre de las Siete Esquinas o de la otra torre pequeña que está cerca. También recuerda la gran renovación hecha en esa iglesia de los Mártires en 1570, con ayuda de Felipe II. Todo esto parece indicar que después de la Reconquista estaba completamente perdido el recuerdo de la auténtica Basílica de San Acisclo, a poniente de Córdoba, y toda la tradición piadosa se adjudicó a esta iglesia oriental que fué la iglesia de los Pergamineros (I, pg. 126). Con relación a la extinción total de la religión católica en Córdoba, la señala Gómez Bravo, con otros autores, el año 1125, con motivo de la entrada de Alfonso de Aragón por Andalucía, debiendo entonces ocultarse las reliquias ante la cruel persecución, lo que duró hasta la Reconquista ciento doce años, en cuyo periodo se debieron perder casi todas las tradiciones religiosas de Córdoba. No hay que decir que análoga opinión sostiene Sánchez de Feria en su *Palestra Sagrada*, 1782, al hablar, el 17 de noviembre, de San Acisclo y Santa Victoria.

(6) Consideraciones históricas acerca de las antiguas basílicas de San Vicente y de San Acisclo antes de la erección de la Mezquita Aljama de Córdoba, por Rafael Romero Barros. Revista de España, 1888, núm. 471, pg. 16.

(7) Nuevas antigüedades romanas y visigóticas, por Enrique Romero de Torres. «Boletín de la Real Academia de la Historia». 1909. t. 55, pg. 487.

(8) Una Córdoba desaparecida y misteriosa, por Rafael Castejón «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1924.

(9) Ibn Hayyan, Al-Muktabis, tomo III. Chronique du regne du Caliphe Umayyade Abd Allah a Cordoue. Texto árabe publicado por primera vez según un manuscrito de la Bodleienne, con una introducción por el P. Melchor M. de Antuña, O. S. A. XXII pgs. de texto francés y 175 pgs. de texto árabe. 1937. París.

(10) Al-Muqtabis, de Ibn Hayyan, traducción por José E. Guráieb. Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires, 1951, XVI, pg. 148.

(11) Como el ángulo sudoccidental de Córdoba, dentro de la medina amurallada, lo ocupa ampliamente el viejo alcázar califal, es indudable que la puerta de dicho recinto amurallado (puerta de Sevilla o bab-al-atarin o puerta de los drogueros), que estaba sobre la línea de la muralla general, o sea a la entrada de la llamada hoy calle de Caballerizas Reales, empezó a ser densamente poblada, ya en el exterior del recinto, por su proximidad al alcázar, formándose núcleos urbanos o arrabales, por lo menos dos: el arrabal de los perfumistas o de las tiendas de los perfumistas (rabad hawanit ar raihani), y el rabad ar-rakakin o arrabal de los pasteleros, cuyos conjuntos urbanos, en fecha adelantada del califato, acaso en tiempos de Alhaquem II, a juzgar por la fábrica del aparejo de sillería, debieron ser abrazados con un nuevo recinto amurallado, quedando por consiguiente, según el testimonio de Aben Pascual (Siia, pg. 573) la bab-al-atarin dentro de la medina, sobre el arrabal de los pasteleros (rakakin), y tomando, acaso, el nombre de puerta de Sevilla, por repetición, la nueva puerta de este segundo recinto, abierta al camino de Sevilla. Con motivo de los grandes destrozos de la fitna (revolución del siglo XI) en Córdoba, y sucesos posteriores, estos arrabales que vivían del ambiente cortesano, debieron quedar arrasados, y de su propio recinto amurallado, que nosotros solo hemos visto en los cimientos, no subsistió nada. El recinto actual llamado de la Torre de Belén, construido de tapial y almenas de chapitel, es mudéjar del siglo XIV, contemporáneo acaso del Alcázar nuevo que construyó Alfonso XI, y de perímetro más restringido que el califal. Otro nuevo y tercer recinto amurallado se construye, tal vez hacia el siglo XV, rodeando toda la huerta y jardines del Alcázar nuevo y la barriada del ya llamado «barrio del Alcázar viejo», que es el que corre paralelo al río por toda la Alameda del Corregidor, hasta el actual puente nuevo, y dobla en el ángulo de la Puerta de los Sacos (trasladada en este año de 1954 más de un centenar de metros más arriba), y cuyo lienzo occidental se está restaurando ampliamente, sobre todo en su almenado y cubos de muralla, hasta el emplazamiento de la que fué modernamente, hasta su destrucción, la llamada Puerta de Sevilla, sobre cuya filiación ha habido distintos criterios arqueológicos.

(12) La gran transformación urbana que ha sufrido Córdoba en estos últimos dos años, con motivo de la construcción del puente nuevo sobre el Guadalquivir, junto con el erudito deseo de conservar en lo posible la traza y recuerdos arqueológicos y monumentales de esos lugares al sudoeste de la ciudad, ha remozado la preocupación y estudio de todo ello. El Campillo del Rey, impropriamente llamado Campo de los Mártires por Ambrosio de Morales y así denominado desde su tiempo, ha sido rebajado en la parte aledaña al Alcázar nuevo, donde había acumulado tierra, ceniza y escombros, de tiempos modernos, que ocultaban la interesante puerta descubierta en el Torreón de los Leones. Y, sobre todo, la construcción del puente nuevo, con la remoción de tierras, apertura de la carretera de enlace a través de la huerta del Alcázar, liberación y limpieza de éste, con hallazgos tan interesantes como los baños del mismo y diversos aposentos y piezas arqueológicas, ha permitido renovar el estudio de esta interesante zona de Córdoba, tan debatida en el terreno arqueológico. De ello se ocupan con interés los arqueólogos locales.

(13) Assila, Ibn Pascual, II volumen, pg. 574.